

FRANCISCO MADARIAGA

poemas

El ataúd de oro

1

¿Y aquellos otros,
que fueron ancestrales cantores,
saldrán del fondo del agua,
reapareciendo,
y espiando,
como yo?

2

El brillo era muy intenso y muy
suave.
Los tigres traían las bocas cansadas
y amarillas:
su pasaje era observado por las aves
de mente sencilla
con tempestades de oro,
y un ataúd de otro oro
aparecía y desaparecía
en el borde del pantano.

3

Trino y terror:
una pequeña ave se equivocó
de fiesta,
mientras corría del verde al
amarillo,
y el ataúd de oro se encendía
en el fondo del pantano.

Apariciones en un viaje a caballo

Fin de la tarde.
Se veía en el fondo del cielo bajo una
sangría de invierno,
y también de infierno,
al ras del rastro ardiente de un mar.

Aparecían y desaparecían
viejos amigos!
Unos, temían,
luego, huían.
Todos, gemían.
Y así, vivían.

Otros, los de la poesía, se desgarraban
entre la destrucción o el alimento
libre de mal.
¿Después?: caían bajo la luna removiente,
entre cálidos esqueletos de caballos
retrasando la partida de esa luna,
la huyente limpiadora de cadáveres.

“Un claro caballero de rocío”
galopaba por el descenso de las dunas.

El paraíso del estero

Cuando el pájaro, pájaro del amanecer
que detiene a la tormenta,
llega hasta el fondo del verano colérico,
y en sombras blancas, que deslumbra
a mi cabeza, oh rey del mediodía,
vuela mi sangre a la tormenta del
verano, y la húmeda reina del amor
—con aros en el rostro—
reposa en el fondo del paraíso del
estero.

Cascabeles de serpientes-leyendas cantan
desde el país del odio,
que me hace llorar de fuego,
y en el río salvaje nada el niño salvaje,
¿y quién lo podría recibir, si aún nada,
y tiene el espíritu en los ojos?
y aún canta, y no podría dejar de cantar
su corazón que sólo busca enterrarse
con el río de cristales rosados,
sin poder desligarse de la tierra.

